

fenómenos más comunes —y creativos— del romancero tradicional. CONT enumera los temas romancísticos con que el romance descrito tiene algún trasvase. También se señalan las “contaminaciones” con otras clases de poemas; por ejemplo, en el campo CONT de *La bastarda y el segador* se lee: “*Gerineldo* 0023, *Delgadina* 0075, *No me entierren en sagrado* 0101, *La Condesita* 0110, *Canto de siega*, *A fonte do salgueiriño*. *Canción*, *Coplas*” (los romances tradicionales son los que llevan número de IGRH). Cuando el texto no presenta ninguna contaminación se pone el signo #. IMOD es el broche de oro de la ficha y consigna la totalidad de comienzos que el romance exhibe en Galicia. Una ayuda invaluable para el colector, si consideramos que algunos romances despliegan más de 30 inicios diferentes (*El conde Niño*, *Gerineldo*, *El conde Alarcos*, *La doncella guerrera*, etc.)

El volumen se cierra con siete índices, un “Apéndice” y una “*Addenda*”. Los índices (“Índice de romances descritos”, “Chave numérico-temática”, “Índice doutros títulos”, “Índice de primeiros versos”, “Índice identificatorio dos textos”, “Chave de siglas bibliográficas”, “Índice de ilustracións”) facilitan la consulta de la obra y complementan la información aportada por las fichas. El “Apéndice” y la “*Addenda*” contienen las fichas de cuatro romances que no entraron en el cuerpo del “Catálogo-Antoloxía”. Por nuestra parte, no queda sino destacar otro de los méritos de *Os romances*: su excelente cuidado editorial. Necesitamos más trabajos así.

MAGDALENA ALTAMIRANO

GEORGINA SABAT DE RIVERS (ed.), “*Ésta, de nuestra América pupila*”. *Estudios de poesía colonial*. Society for Renaissance & Baroque Hispanic Poetry, Houston, 1999; 341 pp.

“Poco ganarás a poeta, que hay más que estiércol”, afirma un personaje de González de Eslava. El comentario del novohispano —irónico o insultante, como pudo haber sido— se ha transformado en imagen de la realidad literaria hispanoamericana de más de tres siglos. Pero los orígenes de esta corriente literaria se nos pierden por momentos a la sombra de los clásicos americanos y es útil, de vez en vez, un recuento de, por ejemplo, aquellos andaluces que cruzaron el Atlántico para iniciar o continuar una trayectoria en las letras como cronistas destacados —Bartolomé de las Casas, Pedro Cieza de León, Miguel Cabello de Valboa—; prosistas —Francisco Cervantes de Salazar o Gonzalo Jiménez de Quesada— y poetas líricos o épicos —los miembros de la célebre Academia Antártica de Lima y asimismo Juan de Castellanos y Juan de Ojeda—, según señala en su artículo Trinidad Barrera.

Sin duda, la profusión de autores que urge rescatar impide considerar serenamente el imprescindible rigor filológico que debiera dirigir los pasos del editor de cualquier género literario colonial. Pese a las obras que andan circulando con fortuna desigual, continúa siendo un problema la poca fiabilidad que brindan muchas de esas ediciones. Comenta Enrique Ballón a qué apuros textuales se enfrenta el estudioso al hablar del poeta peruano Juan del Valle y Caviedes. Aún siendo ediciones actuales las de Valle, padecen el filtro selectivo de sus editores; éstos, por descuido afán perfeccionista o una mal disfrazada censura, ofrecen textos incompletos o arbitrariamente corregidos.

Como advertencia a cualquier editor debe servir la invitación de Georgina Sabat de Rivers a considerar el caso de la *Primavera indiana* de Carlos de Sigüenza y Góngora, donde se desarrolla un razonamiento patriótico que desplaza el centro del poder religioso desde España hacia el virreinato novohispano. Este desplazamiento de un punto neurálgico en la organización política se consigue en la *Primavera* argumentando la preferencia divina que tácitamente se manifiesta con la aparición en Nueva España de la Virgen de Guadalupe. Pero para leer esta original idea política, hace falta contar con una edición, en primer lugar, accesible para el público interesado en Sigüenza y, en segunda instancia, que revise las ediciones de *Primavera* que circularon en el siglo xvii.

Además de crítica textual, hay primicias de dos investigaciones sobre textos poéticos novohispanos, los cuales confiamos ver editados pronto. Se trata de la investigación de Alejandro González sobre una relación versificada de los actos que se llevaron a cabo por la muerte de Carlos II y el ascenso al trono de Felipe V. La relación destaca el marcado interés de los participantes por exhibir la continuidad dinástica y la inmutabilidad de un estado de derecho, mediante la renovación de compromisos y obligaciones entre súbditos y señor. Pero el análisis de González Acosta se apoya en exceso sobre el clásico *Arte y poder. Fiestas del Renacimiento, 1450-1630* de Roy Strong, para afirmar las similitudes entre los festejos de “entrada real” renacentistas y su modalidad de “proclamación y jura” en Tlaxcala, así como la inevitable presencia de la arquitectura efímera y de emblemas. José Pascual Buxó anuncia en “Una defensa novohispana del teatro”, los adelantos de sus pesquisas en torno a una *Segunda parte de los sueños regocijos de la Puebla*, texto en el cual dos personajes, Poderoso y Tejocote, conversan sobre la legalidad moral de los espectáculos teatrales; Tejocote hace eco de las desfavorables opiniones de cierto Prebendado y Poderoso argumenta a favor de las buenas comedias como las de Sor Juana o Calderón.

Sobre la copiosa poesía dramática de la América colonial, Concepción Reverte muestra cómo la figura de Mitridate sirve de vehículo para las propuestas ideológicas de Racine (de cuya obra homónima

parten las comparaciones), Francisco del Castillo y Pablo de Olavide. Mientras el protagonista de Racine, enfrentado al imperio romano, se ve envuelto en conflictos amorosos y políticos, presume Reverte que Castillo —quien escribe un drama nuevo con el mismo personaje— y Olavide —traductor y adaptador del *Mithridate* raciniano— pudieron sugerir las analogías Roma-España y caudillo americano-Mitridate. Castillo expondría en su obra los contras de la emancipación americana pues su personaje se suicida, y Olavide, en cambio, sugeriría cambios legislativos para América. Por su parte, Susana Hernández nos acerca a la poesía dramática indigenista de Sor Juana, para aventurar una interesante hipótesis sobre dos clases de fuentes textuales que fundamentarían las recreaciones musicales, dramáticas y dancísticas precortesianas que aparecen en esa parte de la obra sorjuaniana: textos que de primera o segunda mano conservan testimonios de tales actividades, como crónicas y relaciones, y otros en los cuales se alegoriza la cultura mexicana (en las loas y coloquios de González de Eslava, por ejemplo). Sor Juana habría conocido varios de esos testimonios o no, e incorporaría a su obra —artificialmente, a la vista de la realidad mexicana— cantos y bailes indígenas.

En otros aspectos particulares de la producción literaria de Sor Juana se detiene Margo Glantz. Abre su “Letras de san Bernardo: la excelsa fábrica” con la enumeración de constantes temáticas que aparecen en los villancicos de la monja compuestos en honor al templo del santo mencionado. A través de este índice, Glantz pone a la luz estrechas relaciones discursivas entre los villancicos y la *Carta Atenagórica*. Avanza en este ejercicio de relaciones y vínculos “«Romances de amiga»: finezas poéticas de sor Juana”, de Sara Poot, quien reconstruye —a base de la observación de fechas de composición e impresión, temas y dedicatorias en los romances sorjuanianos—, parte de la vida de la monja hasta llegar al “Anagrama que celebra la concepción de María Santísima” y al “Cándido Pastor sagrado”, donde —motivo actual de polémica— aparece la famosa Camila, quien para muchos relaciona la discutida *Carta de Serafina de Cristo* con Sor Juana (remito a dos textos fundamentales para la discusión: las ediciones de la *Carta de Serafina* de E. Trabulse, Toluca, 1996; Los Angeles, 1997, y al estudio y edición de la *Carta* de A. Alatorre y M. L. Tenorio, *Serafina y Sor Juana*, México, 1998).

La línea más sustancial del libro conecta estudios que abordan la creación y consolidación de la mentalidad hispanoamericana desde el análisis de la obra poética. Los trabajos mencionados de Hernández Araico y de Sabat de Rivers son breves muestras de ello, pero hay más. Margit Frenk, por ejemplo, al revisar las ensaladas de González de Eslava, encuentra referencias a la naturaleza y la sociedad novohispanas que alejan las ensaladas de la poesía religiosa del mismo autor,

esta última casi toda escrita según los patrones de la poesía devota cancioneril española del siglo XVI.

Veremos en otro grupo de ensayos la imitación de formas y temas europeos y su posterior adaptación a las necesidades líricas, satíricas y políticas con que experimentan los autores hispanoamericanos. Empezaremos con “Reading and responding to the amorous episodes of the *Araucana* in colonial Peru”, donde James Nicolopoulos observa cómo la adaptación ercillana de Ariosto mina la estructura cultural de la élite hispánica al subvertir el código petrarquista que, junto con el garcilasista, rige los discursos literarios del poder en los virreinos. Los dos modos de narrar —el de poder y el de subversión— se ven a lo largo de la comparación entre *El arauco domado* de Pedro de Oña y la *Araucana*, respectivamente. Hijo de encomenderos, Pedro de Oña sublima hasta la exageración, dentro del ámbito petrarquista, los valores indígenas planteados de manera más realista por Ercilla.

Clarinda, autora del *Discurso en loor de la poesía*, se vale asimismo de tópicos de la poética europea. Su *Discurso* incluye a varias mujeres en un catálogo de poetas y sabios de la antigüedad clásica, bíblicos y de la cristiandad temprana, para asumir su singularidad femenina como autora en una zona geográfica y un espacio intelectual propios: América (Raquel Chang-Rodríguez, “Clarinda’s catalogue of worthy women in her *Discurso en loor de la poesía*, 1608”). La revista a los múltiples injertos de la retórica europea en Hispanoamérica sigue con el examen de Juana Quiñones Goergen —“Retrato del colonizado: explorando las formas de diversidad cultural en la épica temprana de América Latina”— a la *Araucana* de Ercilla y el *Espejo de paciencia* de Silvestre de Balboa, donde se practican los estilos de Tasso y Ariosto para referir el imaginario americano: Ercilla violenta la figura femenina europea con cinco episodios de heroínas indias, mientras Balboa narra un momento de la historia hispanoamericana.

Tasso reaparece en el *Poema heroico* de Hernando Domínguez Camargo. Leopoldo M. Bernucci prueba que Domínguez respeta tópicos de la épica tassiana, sublima los conflictos bélicos y acaba por relatar las luchas espirituales de san Ignacio, uno de los santos más importantes de la Contrarreforma. El *Poema*, en la lectura propuesta por Bernucci, asemeja una vida de santos, puesto que busca mover a su público hacia la imitación de una figura de santidad. En relación con el motivo hagiográfico, Rosa Perelmuter (“El desierto en *La Araucana*”) toma tres pasajes de Ercilla donde el *locus eremus* —espacio recurrente en las vidas de santos— representa un papel central como lugar de tránsito calamitoso para el héroe, quien saldrá a un *locus amoenus* luego de vencer los obstáculos, quedando vinculada así heroicidad con santidad.

Aunque el registro de espacios sagrados y heroicos da en la crónica un significativo testimonio del mundo prehispánico y de los na-

cientes virreinos, la posterior reflexión acerca de los territorios urbanos fortalecerá la incipiente conciencia criolla. Balbuena en *Grandeza mexicana*, señala Daniel Torres, detalla una ciudad y una sociedad, aunque recurre por igual a la elipsis para continuar, entre líneas, el recuento de las “grandezas” mexicanas en un silencio textual que alude a cuanto le queda por decir. Dos lecturas, pues, complementarias: la de lo escrito, que bordea lo utópico, y la del silencio, que alude a la realidad cotidiana. El limeño Juan del Valle y Caviedes desmitifica también la ciudad en “La vieja y el periquillo”. Pedro Lasarte ve en esa pequeña sátira un medio con que Juan del Valle saca a Lima del marco utópico donde la letra impresa la colocaba. Asimismo, se aprecia la postura ideológica del autor peruano: criollo, censor de excesos ciudadanos, no necesariamente enemigo de la clase española.

Quizá el punto álgido en el alumbramiento de la nueva conciencia criolla en Hispanoamérica sea la dignificación del saber científico y humanístico que germina en estas tierras. Eguiara y Eguren trató de poner un alto a la plaga de detractores del saber americano con su *Biblioteca mexicana* al explicar su participación en el mundo letrado, para demostrar que la luz de sabiduría que en el Viejo Mundo resplandecía, había llegado acá desde hacía tiempo. Pero el conocimiento como forma demostrativa de la valía del hombre americano ya se percibe en la actitud de varios autores anteriores dedicados a las múltiples ramas humanísticas y científicas, como Alejandro Fabián, Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza. Indica Elías Trabulse que estas tres figuras, en sus muy personales modos de leer el *Itinerarium exstaticum* de Atanasio Kircher, trazan ejemplarmente la evolución del hermetismo hacia el conocimiento científico moderno. Fabián sería el último exponente del conocimiento ocultista de pretensiones científicas al intentar construir una totalizadora *Tautología extática*; Sor Juana, en cambio, dentro de *Primero Sueño*—donde ese saber universal necesariamente rompe con la sintaxis y la versificación ordinarias, pero mantiene su coherencia gracias a las normas métricas y de rima (como dice Elías Rivers)— hace de ese hermetismo no ciencia, sino recurso poético. *Libra astronómica y filosófica*, respuesta de Sigüenza y Góngora a los comentarios de Kino—seguidor, a su vez, del *Itinerarium*—, opone final y abiertamente las teorías mecanicistas clásicas al obsoleto hermetismo kircheriano.

*Primero Sueño* y *Tautología extática* conforman ese enciclopedismo no extraño a la literatura hispanoamericana (recordemos los más de cien mil versos que hacen la *Elegía de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos). Como recuerda Alicia de Colombí (“Poética en clave de sol: el saber omnicompreensivo en la poesía colonial”), desde la *Miscelánea austral* de Diego Dávalos se aspira al concierto literario europeo mediante un saber letrado intercontinental. La poesía como suma de saberes infunde este universalismo tanto al *Sueño* como a la significa-

tiva *Cáthara de Apolo* de Salazar y Torres. Y así como evoluciona la concepción de lo “científico”, lo hace la de “poesía”. Francisco Cevallos atiende en su artículo a dos autores jesuitas testigos de este otro cambio: Juan Bautista Aguirre —*Carta a Lizardo...*— y el preceptista Joaquín Ayllón, cuya *Artis poetica* postula que la poesía no es más que producto del esfuerzo intelectual continuo y con un fin práctico, como se ve en el beneficio social que persigue el pedagogo de la *Carta*.

El espíritu educativo y el conocimiento hermético se mezclan en uno de los medios más socorridos tanto en Europa como en América durante varios siglos, quizá el intento más cercano a la necesidad del saber totalizante: la emblemática. Sobre la relación entre poesía y emblemática, cabe destacar que Frederick Luciani —“Emblems, optics and sor Juana’s verse: «eye» and thou”—, en contra de la práctica común que violenta las relaciones entre emblema y literatura, recurre a Alciato, Diego de Saavedra Fajardo y Hernando de Soto para aclarar la lectura de los sonetos “Verde embeleso de la vida humana” y “Detente, sombra de mi bien esquivo”, así como del soliloquio de Leonor en *Los empeños de una casa*. Con similar metodología, M. Dolores Bravo (“Algunos poemas del túmulo a Felipe IV de Antonio Núñez de Miranda y Francisco de Uribe”) describe el mecanismo de los discursos funerarios a la muerte de Felipe IV, que asegurarían la propaganda política gracias a emblemas y a los discursos comparativos entre Felipe y Numa.

Es afortunada la superación de los límites genéticos, geográficos y temáticos para conseguir un panorama de literatura hispanoamericana que reúna a figuras como Valle y Caviedes, quien llegó muy joven al Perú, o Silvestre de Balbuena, que escribe *Espejo de paciencia* fuera del continente. Los veintitrés artículos de este libro, agrupados por temas, superan el común límite impuesto por clásicos como Sor Juana. Ofrece, en cambio, un recorrido afortunado por la poesía lírico-satírica, épica y dramática; la aplicación concienzuda al rescate de textos que merecen valorarse no encontró mejor momento que este fin de siglo cuando los juicios se renuevan y las obras se revisan. Es de lamentar que la factura del libro sea descuidada y no esté a la altura de su contenido.

ALEJANDRO ARTEAGA MARTÍNEZ

ANTONIO ALATORRE, y MARTHA LILIA TENORIO, *Serafina y Sor Juana (con tres apéndices)*. El Colegio de México, México, 1998.

Las polémicas, tan viejas como la búsqueda del conocimiento, pueden tener resultados sanos y nada despreciables. Al polemizar, los contrincantes tienen la posibilidad de confrontar sus argumentos,